

25 años del martirio de cinco palotinos

P. Rodolfo Pedro Capalozza sac

En la madrugada del cuatro de julio de 1976 se produce el crimen más grande que sufre la Iglesia Argentina en toda su historia

Cinco palotinos fueron asesinados en la parroquia San Patricio de la Arquidiócesis de Buenos Aires: Tres sacerdotes: Alfredo Leaden sac (57 años, delegado del provincial de Irlanda en Argentina), Alfredo Kelly sac (43 años, rector de la casa, párroco y formador), Pedro Dufau sac (68 años, vicario parroquial), y dos seminaristas: Salvador Barbeito (29 años) y Emilio Barletti (23 años).

Esperaron que llegaran todos y los reunieron en la sala de comunidad, donde fueron ametrallados. Los asesinados identificaron sus nombres porque sus documentos estaban en la sala del crimen.

Se conserva aún la alfombra con los impactos de bala. Está colocada en el oratorio de la comunidad sobre una pared como signo de la entrega suprema de amor: no hay prueba mayor de amor que dar la vida.

El crimen ocurre durante la dictadura que comenzó en marzo de 1976, cuando los militares tomaron el poder. Fue la más cruel de todas las dictaduras que sufrió nuestro pueblo.

LOS ÚLTIMOS DÍAS COMPARTIDOS CON NUESTROS CINCO MÁRTIRES

Sé que es imposible en el límite propio de un artículo transmitir todo lo vivido en los últimos momentos. Sé también que no existe el relato abso-

lutamente objetivo: las cosas son vistas siempre desde una posición y lugar determinado. Sé también que soy el único miembro de la comunidad que fui testigo de los últimos diálogos y momentos compartidos (la tarde de la víspera, la merienda, el diálogo previo a la misa en la sacristía, la cena, la sobremesa, la ida al cine, los últimos mates y los últimos cafés, previo y posterior a la película). Mucho de lo hablado con ellos, lo compartí durante mucho tiempo sólo en diálogos íntimos con amigos comunes. Hubo interlocutores con los que ellos hablaron. Ciertamente tenemos que ser respetuosos del siglo que implica una confesión entre amigos.

La búsqueda de la justicia al nombre de los cinco es lo que me entusiasma a escribir este artículo. Recibí muchísimo de ellos. Les debo gran parte de lo que hoy puedo vivir como cristiano, como palotino y como sacerdote.

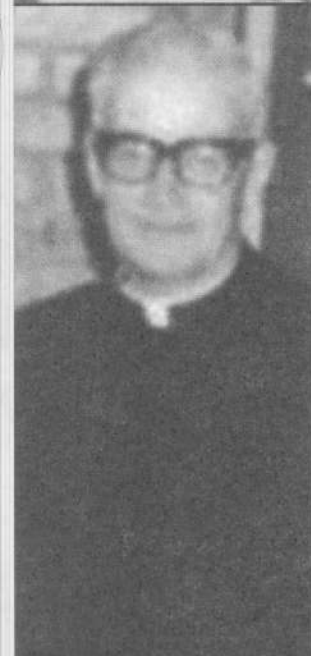
DOS MOMENTOS

1. La última reunión comunitaria.

Entre otros temas de la reunión, surgió la situación por la que estábamos atravesando. Sabíamos de desaparecidos, muertos, torturados. Éramos una comunidad que intentaba vivir en fidelidad a Cristo y a la Iglesia en ese momento de la historia. Situémonos en aquel tiempo: pleno desarrollo pos conciliar. Los Documentos Finales de Medellín (que tuvo como objetivo realizar una lectura del Concilio Vaticano II desde América Latina) te-



Alfredo José Kelly



P. Alfredo Leaden

nían apenas ocho años de publicación. Siete años antes el Episcopado Argentino había publicado los famosos documentos de San Miguel. Época de fuertes transformaciones pastorales, litúrgicas, catequísticas.

Iglesia: pueblo de Dios. Iglesia solidaria con los sufrimientos, las alegrías y las esperanzas de los hombres. Revalorización de la lectura y reflexión bíblicas. La palabra "liberación" era la clave de lectura desde lo social político y desde lo religioso. Nacía la teología de la liberación. La sociedad estaba fuertemente politizada. Muchos jóvenes expresaban su compromiso en grupos misioneros y evangelizadores en lugares económicamente empobrecidos (villas, zonas rurales). Otros jóvenes lo hacían en los partidos políticos que expresaban sus anhelos de justicia y liberación. Otros, incluso con fuerte militancia en instituciones eclesiales, hacían su opción por la lucha violenta. Había un gran esfuerzo por responder desde el Evangelio al dolor de la injusticia y el empobrecimiento. En marzo de 1976, se instauró en Argentina la más violenta de sus dictaduras. En ella las palabras justicia, compromiso social, liberación, dignidad humana, eran prohibidas. Miles de desaparecidos, muertos y torturados. Silencio absoluto. Miedo, persecución. Seguir hablando de justicia implicaba arriesgar la vida.

En aquella reunión, las preguntas que nos hicimos la podríamos sintetizar de este modo: ¿debemos sostener nuestro compromiso con la justicia y la vida en medio de tantos peligros?. Y la respuesta fue que sí, había que ser fiel a Dios antes que a los poderosos de este mundo. Y este es el fundamento que los constituye en mártires. Ellos sabían a que se exponían en ese camino de fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Y optaron por Cristo y por el servicio incondicional al Pueblo de Dios. Ese momento fue clave en el proceso que desemboca en la noche del cuatro de julio.

2. El viernes dos y el sábado tres.

Se vivían momentos de cierta tensión.

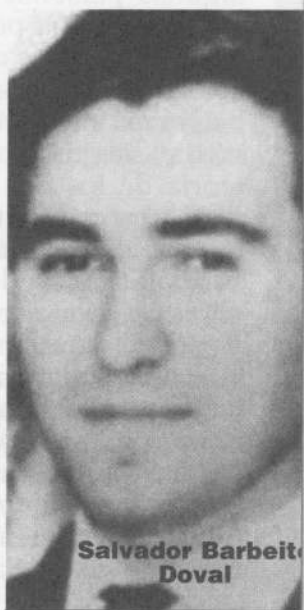
Ciertamente y gracias a Dios no era una comunidad uniforme. La diversidad siempre es riqueza. En un momento histórico tan confuso y paradójico era imposible pensar en una uniformidad de posturas y respuestas. Era una comunidad en búsqueda y discernimiento, intentando ser fiel a lo que Dios nos pedía como consagrados y palotinos en ese momento. En ese camino de fidelidad había respuestas diferentes que necesitaban ser evaluadas y discernidas. Esta no era tarea fácil. Muchas veces se trata de integrar aspectos que son muy válidos en sí y que implican opciones: ¿hasta dónde el comprometerse y correr el riesgo de ser manipulado?. ¿Hasta dónde no comprometerse por ese peligro y pecar de omisión? Hoy podemos ver las cosas con cierta claridad que en aquel momento no era posible dilucidar. En el barrio vivían muchas personas ligadas al poder militar en aquel momento. Cualquier expresión a favor de la justicia y de la vida era un atentado a la Doctrina de la Seguridad Nacional.

El viernes y el sábado se vivieron momentos de cierta preocupación pero de mucha paz. Alfi pasó mucho tiempo rezando en el oratorio de la comunidad. Tuvimos la oportunidad de hablar de lo que pasaba y de lo que había que hacer. Alfi y Salvador, que eran los de temperamento más fuerte, estaban admirablemente serenos. Alfredo Leaden no perdió en ningún momento esa paz que lo caracterizaba. Y esto lo afirmo con toda seguridad porque lo comenté con ellos antes del atentado.

Alfi comentó esa noche que estaba preocupado por la campaña que se había iniciado por persona concretas en su contra. Él sabía bien de quienes se trataban. Incluso aludió a la posibilidad de perder la vida. Cuando él comentó eso el sábado a la noche yo pensé, y así lo expresé, que me parecía una exageración. Muchos eran acusados de comunistas, izquierdistas y otros epítetos. Estoy convencido



Pedro Eduardo Dufau



Salvador Barbeito Doval



Emilio José Barleti

Mártires Palotinos

que no preveían algo inmediato. Todos habían planificado normalmente sus actividades para el día siguiente. De esperarse algo inmediato, no hubiéramos ido al cine esa noche. Nunca escuché que hubiera habido una amenaza concreta. Varias veces el viernes y el sábado atendí el teléfono y nunca escuché una amenaza. De haber un peligro para la comunidad, no hubiesen permitido que los seminaristas quedáramos allí.

Algunos acentuaron como causa del crimen el compromiso de algún integrante de la comunidad con algún grupo ideológico determinado. Otros pusieron el acento en el tenor de las predicaciones. Otros en la campaña de firmas acusando de comunista a algún miembro de la comunidad. Otros en el conflicto que se vivía con algunas personas ligadas al colegio y que se vieron molestas por medidas tomadas. Todo esto tiene su parte de verdad. Pero nada de esto constituye la causa del crimen.

Querer encontrar la causa del crimen en las víctimas es justificar a los asesinos. No acepto la teoría de los dos demonios. El objetivo de la dictadura militar no fue eliminar la subversión armada. Fue matar a todo aquel que no adhiriese a la Doctrina de la Seguridad Nacional. Fue eliminar a todo aquel que se atreviera a pensar diferente y que con su pensamiento pusiera en riesgo el poder ilimitado y la existencia de injustos privilegios.

No fue un atentado a la vida de uno de ellos: fue un atentado a la comunidad. Era la opción comunitaria la que incomodaba y cuestionaba desde el Evangelio, acciones claramente violatorias de la dignidad humana.

CLIMA PREVIO

De este clima previo quiero aclarar dos cosas: El motivo de sus vidas y de sus entregas hasta el final, fue absolutamente evangélico. La moti-

vación última que los animaba era la búsqueda del anuncio del Evangelio y la experiencia cristiana de sus vidas. No podemos analizar determinados compromisos y opciones fuera del contexto de la época. No podemos deslindar sus búsqueda de lo paradójico de la hora. No se trata de idealizarlos, sí de rescatar la verdad de aquello que le daba sentido a sus vidas: Jesucristo. El rostro de los empobrecidos e injusticiados, de los sufrientes y torturados eran para ellos los rostros concretos de Jesús, quien se identifica de una forma singular con los pobres, sufrientes y débiles como lo recuerdan nuestros obispos argentinos en Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización, citando el capítulo 25 del Evangelio según San Mateo.

Por otro lado, descontextualizar el crimen es vaciarlo de sentido. Murieron por Jesucristo y por el Pueblo de Dios, siendo fieles la renovación conciliar y al caminar del Iglesia en América Latina. La opción por Cristo los hizo comprometerse con la tarea del anuncio de justicia y la denuncia de lo injusto. Fue una opción profética clara. En otro momento de la historia no hubiesen sido asesinados. Por eso la fidelidad a ellos pasa necesariamente por el reclamo de la verdad y la justicia. Sin ellos no hay posibilidad de reconciliación auténtica.

No seríamos fieles a ellos si no perdonáramos. Ellos fueron ministros de la misericordia y del perdón. Perdón que no niega la búsqueda incesante de justicia y de verdad. No pedimos para sus asesinos los que sus asesinos practicaron: la eliminación del adversario. Sí pedimos el sano castigo judicial que le diga a nuestros jóvenes y a la sociedad toda que el mal sigue siendo mal para todos. Y que la vida de todo y cada hombre y mujer, no puede destruirse ante el juicio falible de los hombres y menos de quienes no recibieron de la sociedad ningún poder para realizar esto.

Estoy absolutamente convencido de la recta intención de los cinco en su proceder. Sé que nunca usaron la violencia como medio ni como fin. Pero también pienso que aunque no hubiesen sido inocentes no se justifica nunca las muertes, desapariciones, torturas y atrocidades que hemos vivido en América Latina en manos de las trágicas dictaduras militares.

Me parece fundamental hacer memoria porque sus vidas y sus muertes nos animan en el seguimiento de Jesús. Porque cuando borramos el pasado perdemos el rumbo de la historia, no podemos vivir el presente y nos cerramos al futuro.-

Centro Ecuménico Cristiano de Córdoba

Adherimos al recuerdo
del martirio de Mons. Angelelli

Lima 266
Tel. 4210251